

Copito de canela

Escribe: FANNY OSORIO

Aquel 20 de julio de 1810 fue un día memorable también para Copito de Canela. Copito era un copetón, un lindo copetón bogotano, criatura inadvertida para todos, menos para Josefita —la anciana vendedora de panderos— que vivía en un humilde cuarto vecino a la Catedral.

La viejecita quería maternalmente a Copito y cuidaba de él como si fuese un niño. El copetón llegaba todos los días a su puerta, seguro de encontrar la ración de peguita de arroz y abundantes migajas de pandero, que para él y solo para él regaba en el umbral del cuarto la buena mujer.

Dando ágiles y nerviosos saltos picaba aquí y allá, mientras la anciana lo amonestaba con cariño:

—Cuidado hijo con dañarse el pico. Nadie le va a quitar su desayuno.

El copetón clavaba en ella sus vivaces y diminutos ojos, como si quisiera decir:

—Pierde cuidado Josefita: te prometo no hacerme daño.

Y la viejecita, adelgazando la voz hasta el límite de la ternura repetía:

—No me contradigas, picarón; tus ojos hablan mejor que una citología...

Tan bella y tierna amistad debió nacer la mañana en que los padres de Copito lo invitaron a salir del tibio nido, parlándole amorosamente:

—Ya estás crecilito; te hemos criado con muchos desvelos y cuidados; sabes ya comer solo, gorjeas muy bien, y tus alitas tienen fuerza suficiente para ir por el mundo sin perderte. Además, eres hermoso y podrás llegar a los jardines seguro de ser bien recibido. Pareces un copito de canela! Vete a buscar por tu cuenta el pan de cada día y a conquistar la inmensidad. Que Dios te bendiga.

El copetón voló varias veces en torno al durazno donde lo observaban sus padres; luego se alejó hacia la Candelaria y de allí al Monasterio de Santa Inés. Tomó un poco de aliento y voló al tejado de la Catedral, de allí a la Capilla del Sagrario, después al tejado de San Ignacio y regresó al punto de partida. Quería familiarizarse con aquellos sitios que serían en adelante el ámbito de su existencia.

—¡Qué panorama tan bello! —exclamaba regocijado—. La Sabana de Bogotá es hermosa y parece que limita con el cielo! Me gusta mucho la ciudad. En lo poco que he conocido hoy he visto casas muy bonitas con patios sembrados de rosas y geranios; hay pinos y retamas en todos los solares y los brevos e higuerillas se asoman sobre las bardas, como si quisieran observar lo que pasa en la calle. Ya tendré tiempo de visitar todos estos lugares; por ahora voy a buscar mi desayuno.

Bajó a los aleros de la calle once y cautelosamente se acercó al umbral del cuarto donde estaba Josefita ovillada sobre una estera, saboreando una humeante y provocativa taza de chocolate con queso y mantecada.

—Venga hijito, que aquí hay para ambos: la mantecada está fresquitica y los panderos huelen a gloria! Venga sumercé. ¡Qué hermoso está este angelito! Parece un copito de canela.

Y mientras la anciana le prodigaba caricias y migajas, el pajarillo se acercaba y retrocedía junto a la puerta de la habitación. Comió con mucho apetito, y Josefita optó por tener las manos quietas para que el recién llegado no se asustara.

Copito de Canela se dio cuenta de aquella actitud bondadosa y viendo que no corría ningún peligro decidió entrar a conocer la vivienda de su amiga.

—Me ha dicho hijito, angelito, sumercé y copito de canela; así me hablaban mis padres... La semejanza de los requiebros

me autoriza a confiar en ella. Creo que he comenzado a quererla un poco.

Y así nació la ingenua amistad que día a día fue acrecentándose y haciéndose más íntima. El copetón había perdido su natural timidez y no se asustaba con el cla... cla..., de las pantuflas de Josefita, ni se espantaba cuando la falda almidonada le rozaba el tibio plumaje. Era un verdadero copito, un pomo de leves plumas de color canela, que saltaba por la habitación de la anciana, dándole la certeza de una compañía pequeñita, pero suficiente para alegrar su soledad.

—Copito de Canela: ya están dando el último repique; me voy a misa. Si no acaba de tomar su desayuno lo dejo encerrado —murmuró Josefita.

El pajarillo continuó picando las migajas desparramadas en la mitad del cuarto. Luego se posó en la repisa donde su amiga había instalado un pequeño altar, y comenzó a jugar con las cuentas del rosario que pendía de la Cruz de Mayo.

—¡Pechugón! ¡Holgazán! ¡Abusivo! ¿No quiere que vaya a la santa misa? Eso si no voy a tolerarle a este cochambre. ¡Cuidado con las siemprevivas de mi Santa Cruz! Dañino: sí cochambre dañino!

No había terminado de lanzar el reproche cuando el arrepentimiento se apoderó de su corazón obligándola a decir:

—¡Mentira! ¡Mentira! Nunca regañaré así a mi angelito. ¡Ni más faltaba! No lo crea sumercé: son impacencias de esta vieja que a veces amanece con el Diablo en la nuca. ¡Perdóneme mi hijito!

Y lo empujó suavemente con una ramita de cilantrillo. El copetón voló al tejado de la casa vecina, la del español Llorente, dueño de la tienda donde horas más tarde ocurrió la histórica escena del florero que sirvió de pretexto para que la patria oprimida diera el primer grito de independencia.

Cuando Josefita regresó de la iglesia, tomó la cesta de mimbre forrada con lino blanco y contó los panderos que debía llevar a las señoriales residencias que desde hacía muchos años compraban su deliciosa mercancía.

—Aquí los de la familia Ricaurte; aquí los de las casas de don Primo y don Pedrito Groot; aquí los de don Francisco Mo-

rales y aquí los de mi amo el señor Virrey Amar. Están todos envueltos en sus correspondientes servilletas. Por ahora no llevo más; al regreso paso por el Monasterio de Santa Inés por los de las otras contratas.

Al salir oyó unos gritos que partían de la tienda del español.

—Ya está gritando otra vez ese bendito chapetón —dijo la anciana—: tiene la boca más ordinaria y ofensiva! Y como están las cosas... Menos mal que en el Observatorio se han reunido los señores principales para arreglar la situación. Al menos así lo he escuchado en la casa de don Primo Groot.

La anciana no pudo continuar su monólogo: una tromba de gritos, maldiciones, vivas y mueras, insultos y amenazas llegaba hasta sus oídos.

Luego las gentes se amotinaron frente a la tienda del español, gritando enfurecidas:

—¡Mueran los tiranos! ¡Abajo los chapetones! ¡Viva la libertad! ¡No más esclavitud!

Y la multitud que se había congregado en la plaza mayor, con motivo del mercado que se celebraba los viernes, se sumó a los patriotas encabezados por los hermanos Morales.

Muchas cosas extraordinarias ocurrieron en aquel día memorable. Josefita se unió a la multitud y siguió todas las escenas que iban desarrollándose a cada instante. Al anochecer regresó a su habitación y rezó el Rosario mezclando las oraciones con los nombres de los patriotas:

—¡Escucha Señora mía mis humildes oraciones!

—¡Que viva la libertad y mueran los chapetones!

—Por mi señor Francisquito Morales, por don Antoñito, por don Primo y don Pedrito Groot y por los señores Ricaurtes, Nariño y todos ellos, Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo Amén. Te pido madre y Señorita mía que los ayudes a todos con los ejércitos de la Corte celestial, amén.

Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre; preparó el chocolate y se sentó en el umbral esperando a su diminuto amigo. De pronto la asaltó una tremenda inquietud: ¿qué había sido de Copito de Canela? ¿Por qué no llegaba a

buscar el desayuno? Como si presintiera una gran desgracia tembló de pies a cabeza y comenzó a llorar.

—¡Copito de Canela! ¡Hijito de mi corazón! ¿Dónde está sumercé? ¿Por qué no ha llegado hoy? ¿Dónde está? ¿Dónde? Virgencita de la Peña: le ofrezco una salve y tráigame a mi angelito. ¡No puedo vivir sin su compañía!...

Las lágrimas rodaban por sus mejillas arrugadas, en tanto que los dedos trémulos acariciaban las cuentas del Rosario. Gemía como un niño desamparado y ya iba a dar una vuelta por las vecindades en busca de Copito, cuando éste llegó al umbral del cuarto y saltó sobre la bandeja de las migajas.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la anciana—. ¡No me lo mataron! ¿Cómo iba a permitir la Virgencita de la Peña que yo me quedara tan sola y huérfana?

Copito de Canela miró amorosamente a Josefita y ella comenzó a contarle todo lo ocurrido el día anterior. En sus ojos llenos de lágrimas titilaba la llama del patriotismo.

—¡Si hubieras escuchado la voz de don José Acevedo y Gómez arengando al pueblo! Sus palabras eran como el toque de la alborada; sí señor: como el primer repique de la misa de aguinaldos. Cómo te hubiera gustado oírlo! ¿Verdad que sí mi hijito? Porque también eres criollo y patriota como yo.

No pudo continuar. Un creciente rumor de arengas y gritos entusiastas llegaba del costado sur de la plaza. Era una multitud semejante a la que el día anterior se amotinó a pedir Cabildo abierto. Ahora venía a la cabeza de los patriotas el canónigo don Andrés Rosillo, quien acababa de ser puesto en libertad. Su venerable presencia aumentaba el fervor del pueblo que no cesaba de gritar:

—¡Viva la independencia! ¡Viva el señor canónigo don Andrés Rosillo! ¡Mueran los tiranos!

Josefita se irguió en el umbral de la habitación, levantó la frente llena de orgullo y su voz resonó en la calle:

—¡Viva! ¡Viva la libertad!

Copito de Canela observaba complacido a su amiga y protectora. Ahora le parecía grácil y hermosa. A pesar de la vejez que marchitaba su rostro, había tanta belleza en su mirada y tanta dignidad en su expresión!

